

## 4. CONSECUENCIAS INDUSTRIALES Y OBRERAS DE LA NEUTRALIDAD

### La producción durante la guerra

Desde 1940 no había exportaciones inglesas a la Argentina; el fracasado plan de Pinedo al asumir el Ministerio de Hacienda ese año consistía, en ese rubro, en cubrir las necesidades del mercado interno con exportaciones norteamericanas que se pagarían a largos plazos. Pero las exportaciones industriales norteamericanas no bastaban para satisfacer el mercado: de un total de 109 millones de dólares en 1941, disminuyeron a menos de 72 en 1942 y a 31 en 1943 <sup>1</sup>.

Por lo tanto, debió producirse lo que ni Europa ni Norteamérica podían mandarnos. Se improvisaron establecimientos industriales que trabajaban en textiles, maquinarias, artefactos eléctricos, derivados del caucho y de la refinación del petróleo, con todas las dificultades que producía la falta de materias primas, pero fueron superados mediante artificios, aunque ello afectó la calidad de los productos <sup>2</sup>. Junto a estas nuevas industrias, se vieron favorecidos las viejas producciones existentes de bebidas, alimentos, confecciones, cigarrillos, artículos de imprenta, muebles, construcción, etc. Los alimentos y bebidas crecieron en un 31,8 por 100; los textiles en un 112 por 100; los vehículos y maquinarias, en un 108,7 por 100; los productos químicos y farmacéuticos, en un 87,8 por 100 <sup>3</sup>.

Hace notar Ferrero el carácter nacional de estas industrias, formadas en gran parte por obreros, empleados y artesanos. Los capitales extranjeros dedicados a la industria, que en 1931 llegaban al 29,9 por 100, apenas si pasaban del 15 por 100 en 1943. En dólares, el capital extranjero había descendido de 3.661 millones a 2.651, y el nacional, crecido de 8.597 a 14.558 <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> H. F. Peterson, *La Argentina y los Estados Unidos*, mencionada, p. 467.

<sup>2</sup> E. F. Jorge, *Industria...*, cit. por R. A. Ferrero, *Del fraude...* p. 218.

<sup>3</sup> Cifras de R. A. Ferrero, ob. cit., pp. 219 y ss.

<sup>4</sup> *Ibídem*.

### Industrias del Estado y Fabricaciones Militares

La guerra obligó a formar una Flota Mercante que llevase la producción argentina al exterior. Castillo creó la *Flota Mercante del Estado* por ley del 16 de octubre de 1941, y la concretó adquiriendo ese año dieciséis barcos italianos que estaban inmovilizados en el puerto de Buenos Aires y totalizaban 136.544 toneladas. Posteriormente adquirió cuatro buques daneses y tres alemanes (1942), y tres franceses y uno rumano (1943). La neutralidad argentina

permitió esas adquisiciones a buen precio porque pertenecían a naciones del Eje o aliadas a ella y no se hallaban en condiciones de arriesgarse a cruzar el Atlántico. Con nombre argentino — los famosos *Rios*— y con bandera nacional podían hacerlo.

Terminando un largo y fatigoso pleito con la empresa francesa dueña del puerto de Rosario —que prolongaba ilegalmente con argucias de sus abogados una concesión ya vencida— el gobierno de Castillo pudo incautarse del puerto de Rosario y la compañía anexa que proveía el gas. La ley 12.709, que había creado la Dirección General de Fabricaciones Militares, fue ampliada por la necesidad de producir los armamentos que de Estados Unidos no querían mandarnos. El 23 de enero de 1943 se crearon los Altos Hornos de Zapla. La producción de la Fábrica Militar de Aceros de Valentín Alsina llegaría en 1943 a 130.000 toneladas de lingotes; la Fábrica de Cartuchos de San Francisco de Córdoba fue inaugurada en 1942.

Figura principal en el desenvolvimiento de las fabricaciones militares fue el general Manuel Savio. La necesidad de hacerlas aquí, ya que desde Estados Unidos no querían venderlas, fue su aliciente patriótico.

## La población obrera

La reciente industrialización del país produjo necesariamente un gran aumento de la población obrera. De 760.000 que eran en 1938, llegaron a 980.000 en 1943.

Una parte eran los antiguos desocupados de origen inmigrante absorbidos por las nuevas condiciones industriales. Pero la mayoría eran criollos que llegaban del interior. Una inmigración interna trajo de las campañas, donde sobrevivirá la situación de la crisis y sus productos no crecían en la misma proporción que la población, a las ciudades, especialmente al gran Buenos Aires. Se calculaba en 1943 que 800.000 provincianos con menos de diez años de antigüedad la habitaban, según cálculos de Gino Germani.

Esta población no se encuadró en los viejos moldes sindicales dominados por los políticos socialistas y comunistas. Los obreros industriales incorporados a la CGT (Confederación General del Trabajo) y la Unión Sindical Argentina no representaban ni el 20 por 100 del total. Este aluvión de trabajadores argentinos «sin tradición sindical ni política, elevados en la escala de la civilización al pasar del campo a la ciudad, envueltos en un nacionalismo elemental vernáculo y hondo»<sup>5</sup>, no se sentía representado por las federaciones dirigidas por políticos que hacían prevalecer sus posiciones ideológicas extranjeras sobre las conveniencias de los obreros. Ello se vio claramente cuando las federaciones socialistas y comunistas quisieron tomar una posición en la guerra mundial que no perjudicase a las empresas imperialistas en su posición contra el Eje. A los obreros les interesó más la neutralidad por patriotismo y por propia conveniencia.

En la huelga metalúrgica de 1942, el sindicato comunista que la dirigía —y apenas agrupaba 1.500 afiliados— se vio desbordado por los obreros no afiliados, que reunieron 20.000 concurrentes en un mitín en el Luna Park. El sindicato saboteaba, en realidad, la huelga para no perjudicar a las empresas metalúrgicas, que eran en su mayoría *democráticas* (CATITA, Siam Di Tella, etc.)<sup>6</sup>.

En 1942, el conflicto hizo crisis dentro de la CGT, que quedó partida en dos: la número 1, dirigida por José Domenech, y la número 2, por Francisco Pérez Leirós, ambos militantes socialistas, pero más proclive el primero a anteponer los intereses del gremio sobre las conveniencias del partido.

En esa situación llegaría el movimiento obrero al 4 de junio de 1943. Faltaba que alguien convirtiera en nacionalistas a los sindicatos, estableciendo la agremiación obligatoria, que necesariamente borraría a los pequeños círculos políticos que lo manejaban hasta entonces.

Fue, en 1944, la obra del coronel Juan Perón y el origen de su gran prestigio entre los obreros.

<sup>5</sup> J. A. Ramos. cit. por R. A. Ferrero, oh. cit.. p. 227.

<sup>6</sup> A. Belloni, *Del anarquismo al peronismo* (ed. Peña y Lillo, Buenos Aires, 1960), p. 45. «Los comunistas llegan a la prepotencia de no permitir asambleas y llegan al fraude para mantenerse.»

EL BIBLIOTE.COM